1983 - QUINCE AÑOS - 1998

DEMOCRACIA
LA PELEA DE FONDO

Escriben
J. M. Pasquini Durán
José Pablo Feinmann
Miguel Bonasso
Carlos Polimeni
Juan Forn
Mario Wainfeld

ROUND 15

D

Suplemento especial de
Página/12

Daniel PAZ

OPINION

Por Juan Forn

La tabla rasa

Para aquellos que votamos por primera vez en 1983, la vuelta a la democracia se parecía bastante a una panacea: dábamos ingenuamente por sentado que tener autoridades elegidas por el voto sería sinónimo del pleno funcionamiento del sistema republicano. El poder elegido velaría por los intereses de quienes lo habían puesto allí –en el Ejecutivo, en el Legislativo– y el Judicial se encargaría de que la autonomía y el equilibrio entre esos poderes no se distorsionara.

En otras palabras, el engaño como herramienta a utilizar desde el poder parecía tener poco espacio, por no decir ninguno, si los nuevos funcionarios se encargaban de ejercer las atribuciones y responsabilidades de sus respectivos cargos. Entonces vino Semana Santa, la promesa presidencial de que la casa estaba en orden y las leyes de Punto Final y Obediencia Debida.

Para 1989 habíamos perdido mucho de aquella inocencia, pero todavía nos quedaba por ver una deformación más de esa entelequia llamada democracia: no hablemos ya de un gobernante violando sistemáticamente cada una de las promesas realizadas durante la campaña electoral, sino de la constante manipulación de sus atribuciones de gobierno para transgredir o desactivar todos los mecanismos institucionales de control de su gestión.

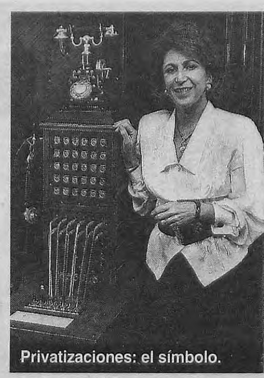
En otras palabras, el engaño como herramienta favorita del poder.

A la luz de las experiencias de gobierno que hemos tenido en estos quince años, podría decirse que la democracia pareció mutar de una idílica panacea a "el mal menor", al menos para la generación a la que pertenezco. Hay otra manera de verlo: la democracia, hoy, es un valor que se da por sentado.

Es, en todo caso, la tabla rasa sobre la cual construir el pleno funcionamiento de las instituciones republicanas. La pregunta es: ¿qué candidato, cuando sea gobierno, estará dispuesto a restituir esos mecanismos de control de gestión que monitorearán sus actos y atribuciones? Prometerlo, lo prometerán todos (o casi todos: seamos realistas). Pero, a la hora de los bifes, ¿a qué candidato no le será providencialmente útil que el actual presidente le haya alivianado así el camino?

Por J. M. Pasquini Durán *

A medida que la economía se globaliza (cuarenta mil corporaciones dominan los dos tercios del comercio mundial), la política se fragmenta en múltiples pedazos como consecuencia del deterioro de las ideologías redencionistas y contestatarias del siglo XX. En consecuencia, la economía se "independiza", por decirlo así, de la suerte de la política, porque el pensamiento que fundamenta esa globalización, de origen conservador, sostiene que la única libertad que importa es la del mercado. Todo lo demás, democracia incluida, es accesorio o casual.


Privatizaciones: el símbolo.

La novedad, a fines de 1983, no fue el desplazamiento de los militares. Con cierta periodicidad, esto ya había sucedido en los cincuenta años anteriores. Lo verdaderamente inédito en ese momento fue que la democracia liberal era el único proyecto político que había quedado en pie. El "partido militar" de los conservadores, la alianza de las Fuerzas Armadas y el pueblo del general Juan Domingo Perón, y la insurrección revolucionaria de la izquierda se habían agotado como alternativas o caminos sustitutos.

La idea de un "tercer movimiento histórico", que fusionara las trayectorias populares de radicales y peronistas, fue vivida como un desvarío oportunista por los bandos tradicionales del peronismo-antiperonismo. El poder civil encargado de la transición jamás consolidó alianzas perdurables con ninguno de los factores de poder ni grupos de presión (sindicatos, patronales, iglesias y fuerzas armadas).

> **Inédito:** *Lo verdaderamente inédito en ese momento fue que la democracia liberal era el único proyecto político que había quedado en pie.*

La democracia sigue arrastrando, sin resolver, el nuevo polo de enconos, entre quienes intentan imponer el olvido del pasado, borrón y cuenta nueva, y los que buscan verdad y justicia. Los derechos humanos no llegaron a los salones del poder con la democracia y se quedaron en la calle, con sus defensores de siempre, responsable de avanzar en contra o a pesar de las especulaciones tácticas o las declinaciones del poder democrático. De manera que lo que logró en estos años, que no es poco a la hora de los recuentos, queda como mérito de la desobediencia civil más que de la decisión del poder político. Entre tanto, la persistencia de la reconciliación imposible será siempre un foco de tensión que lastima una condición básica de cualquier régimen democrático: la igualdad ante la ley.



Los derechos humanos no llegaron a los salones del poder: se quedaro

El pod

El poder político de la transición terminó exhausto, aislado, con la popularidad perdida y sin capacidad de respuesta. Nunca bajó los brazos, pero no consiguió ponerse a tono con los nuevos tiempos. El poder –nunca recuperado para el gobierno civil– de las corporaciones, lo remató con sucesivos "golpes de mercado" que desataron olas de hiperinflación, tan cruel como el terrorismo de Estado y tan disciplinadora como el autoritarismo. La sociedad volvió a intoxicarse de fobias y a la hora de elegir la sucesión buscó una ilusión perdida en alguien que ya había renunciado a las suyas propias, Carlos Menem. Los más ricos y los más pobres fueron enlazados, por razones diferentes, en la única opción que quedó a la vista, mientras la clase media, defraudada por el alfonsinismo, se dispersó en opciones diferentes, incluido el candidato riojano.

Las ideas-fuerza del fundamentalismo de mercado, que se anunciaban como el paradigma de praxis, ganaron el corazón de la sociedad: las privatizaciones, el control del gasto público, la estabilidad antiinflacionaria y la apertura comercial irrestricta al mundo globalizado, sin ninguna condición o traba para la entrada y salida de capitales, sin ninguna condición o traba para la entrada y salida de capitales eran los ingredientes básicos de un ajuste estructural que, a poco andar, empezó a mostrar los costos que demandaría: precarización laboral, desempleo masivo, congelación de salarios, crisis de las economías regionales impreparadas para la competencia internacional y subordinación del comercio exterior a la capacidad brasileña de compraventa en los términos aduaneros del Mercosur.

Cuando llegó la hora de la reelección, en mayo de 1995, la población alentada por la estabilidad y el crédito, disimuló los malestares de los más perjudicados y votó en masa por la continuidad. Fue el consenso más grande que haya tenido programa de ajuste alguno, lo cual produjo dos efectos nocivos sobre el poder político. Por un


El poder político de la transición

OPINION

Por Carlos Polimeni

La sociedad de los golpistas muertos

En 1978, perseguidas por la policía de Videla que intentaba evitar que dieran su vuelta a Plaza de Mayo, las Madres vieron con asombro cómo les cerraban las puertas de la Catedral metropolitana en la cara.

◆ En 1984, recién instalado el gobierno constitucional, ante la necesidad de transmitir un evento destinado al público juvenil –el festival Rock in Rio– un canal de televisión contrató a Juan Alberto Badía.

Los hechos no tienen nada que ver entre sí, ni son simétricos. Sin embargo, son dos pantallazos, entre todos los posibles, de una sociedad que fue. Que ya no es como era, que ha madurado, lenta y a veces problemáticamente, acunada por quince años de democracia. Que desde aquí mira, a veces con horror y otras con temor, aquellos años en que todo era provisional y la vida podía no valer nada.

Nadie cerraría hoy las puertas de su casa a una Madre o Abuela de Plaza de Mayo perseguida por la policía de una dictadura. Nadie exigiría hoy a un señor de cincuenta años que trabaje de joven por no dar lugar a los que son jóvenes de verdad.

La sociedad sabe hoy que la democracia no soluciona nada de por sí. Que no da de comer, ni educa, ni da trabajo por pura enunciación de voluntades. Que la justicia argentina tarda, y no siempre llega. Que los diez años de manejo menemcrático del poder han originado colosales extravíos éticos y monumentales cambios en la balanza económica. Que el país real es la exclusión más los shopping, no una cosa o la otra.

Pero ha comprendido también, a fuerza de sangre, sudor y lágrimas que de los sistemas posibles, la democracia es el menos injusto para todos. Ya nadie golpea las puertas de los cuarteles, que por lo demás ya no son lo que eran. Nadie confía en hombres providenciales ni en personalismos mesiánicos ni en vanguardias iluminadas. Ya nadie siente al bailar que está bailando sobre la sangre de los demás, pero la sangre de los demás existe, y es imborrable.

No existe más el servicio militar, tal vez la más plausible de todas las decisiones de los años de Menem presidente.

La mayoría de los que tenemos de 35 para arriba casi no salimos a la calle sin documentos: tics del Proceso. La mayoría de los que tienen menos a veces se acuerdan de usarlo para votar: tics de la democracia posible. Nosotros, los de entonces, ya no somos los mismos. Hemos criado hijos que nos justifican y nos superarán.

Los que crecieron en democracia escuchan con asombro las historias del pasado: que era subversivo usar pelo largo, o barba, o pantalones oxford, o llevar tal o cual libro en el colectivo. Incluso, besarse en una plaza.

Los que crecieron en democracia –por eso no la consideran un bien, ni siquiera un territorio a defender, sino un mínimo común imprescindible– enfrentan a los patovicas, a la policía, a las injusticias de la calle con una conciencia cívica despegada del miedo a lo que vendrá. Son diferentes porque son el presente de un país donde todo atrasó, casi siempre.

Quince años marcan apenas el final de la niñez. Pero qué fiesta tener todo por delante, ser sólo futuro.

OPINION

Por Juan Forn

La tabla rasa

Para aquellos que votamos por primera vez en 1983, la vuelta a la democracia se parecía bastante a una panacea: dábamos ingenuamente por sentado que tener autoridades elegidas por el voto sería sinónimo del pleno funcionamiento del sistema republicano. El poder elegido velaría por los intereses de quienes lo habían puesto allí –en el Ejecutivo, en el Legislativo– y el Judicial se encargaría de que la autonomía y el equilibrio entre esos poderes no se distorsionara.

En otras palabras, el engaño como herramienta a utilizar desde el poder parecía tener poco espacio, por no decir ninguno, si los nuevos funcionarios se encargaban de ejercer las atribuciones y responsabilidades de sus respectivos cargos. Entonces vino Semana Santa, la promesa presidencial de que la casa estaba en orden y las leyes de Punto Final y Obediencia Debida.

Para 1989 habíamos perdido mucho de aquella inocencia, pero todavía nos quedaba por ver una deformación más de esa entelequia llamada democracia: no hablemos ya de un gobernante violando sistemáticamente cada una de las promesas realizadas durante la campaña electoral, sino de la constante manipulación de sus atribuciones de gobierno para transgredir o desactivar todos los mecanismos institucionales de control de su gestión.

En otras palabras, el engaño como herramienta favorita del poder.

A la luz de las experiencias de gobierno que hemos tenido en estos quince años, podría decirse que la democracia pareció mutar de una idílica panacea a "el mal menor", al menos para la generación a la que pertenezco. Hay otra manera de verlo: la democracia, hoy, es un valor que se da por sentado.

Es, en todo caso, la tabla rasa sobre la cual construir el pleno funcionamiento de las instituciones republicanas. La pregunta es: ¿qué candidato, cuando sea gobierno, estará dispuesto a restituir esos mecanismos de control de gestión que monitorearán sus actos y atribuciones? Prometerlo, lo prometerán todos (o casi todos: seamos realistas). Pero, a la hora de los bifes, ¿a qué candidato no le será providencialmente útil que el actual presidente le haya alivianado así el camino?

El poder

Por J. M. Pasquini Durán *

A medida que la economía se globaliza (cuarenta mil corporaciones dominan los dos tercios del comercio mundial), la política se fragmenta en múltiples pedazos como consecuencia del deterioro de las ideologías redencionistas y contestatarias del siglo XX. En consecuencia, la economía se "independiza", por decirlo así, de la suerte de la política, porque el pensamiento que fundamenta esa globalización, de origen conservador, sostiene que la única libertad que importa es la del mercado. Todo lo demás, democracia incluida, es accesorio o casual.

La novedad, a fines de 1983, no fue el desplazamiento de los militares. Con cierta periodicidad, esto ya había sucedido en los cincuenta años anteriores. Lo verdaderamente inédito en ese momento fue que la democracia liberal era el único proyecto político que había quedado en pie. El "partido militar" de los conservadores, la alianza de las Fuerzas Armadas y el pueblo del general Juan Domingo Perón, y la insurrección revolucionaria de la izquierda se habían agotado como alternativas o caminos sustitutos.

La idea de un "tercer movimiento histórico", que fusionara las trayectorias populares de radicales y peronistas, fue vivida como un desvarío oportunista por los bandos tradicionales del peronismo-antiperonismo. El poder civil encargado de la transición jamás consolidó alianzas perdurables con ninguno de los factores de poder ni grupos de presión (sindicatos, patronales, iglesias y fuerzas armadas).

Inédito: ***Lo verdaderamente inédito en ese momento fue que la democracia liberal era el único proyecto político que había quedado en pie.***

La democracia sigue arrastrando, sin resolver, el nuevo polo de enconos, entre quienes intentan imponer el olvido del pasado, borrón y cuenta nueva, y los que buscan verdad y justicia. Los derechos humanos no llegaron a los salones del poder con la democracia y se quedaron en la calle, con sus defensores de siempre, responsable de avanzar en contra o a pesar de las especulaciones tácticas o las declinaciones del poder democrático. De manera que lo que logró en estos años, que no es poco a la hora de los recuentos, queda como mérito de la desobediencia civil más que de la decisión del poder político. Entre tanto, la persistencia de la reconciliación imposible será siempre un foco de tensión que lastima una condición básica de cualquier régimen democrático: la igualdad ante la ley.


Privatizaciones: el símbolo.



Los derechos humanos no llegaron a los salones del poder: se quedaron en la calle, con sus defensores.

El poder político de la transición terminó exhausto, aislado, con la popularidad perdida y sin capacidad de respuesta. Nunca bajó los brazos, pero no consiguió ponerse a tono con los nuevos tiempos. El poder –nunca recuperado para el gobierno civil– de las corporaciones, lo remató con sucesivos "golpes de mercado" que desataron olas de hiperinflación, tan cruel como el terrorismo de Estado y tan disciplinadora como el autoritarismo. La sociedad volvió a intoxicarse de fobias y a la hora de elegir la sucesión buscó una ilusión perdida en alguien que ya había renunciado a las suyas propias, Carlos Menem. Los más ricos y los más pobres fueron enlazados, por razones diferentes, en la única opción que quedó a la vista, mientras la clase media, defraudada por el alfonsinismo, se dispersó en opciones diferentes, incluido el candidato riojano.

Las ideas–fuerza del fundamentalismo de mercado, que se anunciaban como el paradigma de praxis, ganaron el corazón de la sociedad: las privatizaciones, el control del gasto público, la estabilidad antiinflacionaria y la apertura comercial irrestricta al mundo globalizado, sin ninguna condición o traba para la entrada y salida de capitales, sin ninguna condición o traba para la entrada y salida de capitales eran los ingredientes básicos de un ajuste estructural que, a poco andar, empezó a mostrar los costos que demandaría: precarización laboral, desempleo masivo, congelación de salarios, crisis de las economías regionales impreparadas para la competencia internacional y subordinación del comercio exterior a la capacidad brasileña de compraventa en los términos aduaneros del Mercosur.

Cuando llegó la hora de la reelección, en mayo de 1995, la población alentada por la estabilidad y el crédito, disimuló los malestares de los más perjudicados y votó en masa por la continuidad. Fue el consenso más grande que haya tenido programa de ajuste alguno, lo cual produjo dos efectos nocivos sobre el poder político. Por un lado, alentó las tentaciones autoritarias del presidencialismo vertical e "invencible" y sus ambiciones de continuidad. Por el otro, desató en el interior del oficialismo una batalla frontal por el patrimonio de la victoria: ¿Era de la economía o de la política, de Cavallo o de Menem?


El poder político de la transición terminó exhausto.


La aparición del Frepaso probó el hartazgo con la impunidad.

En realidad, el poder último no estaba en manos de ninguno de los dos, sino en el bloque de poder monopólico y transnacionalizado, que se había terminado de consolidar en el país con la privatización de los servicios públicos. En nombre del pragmatismo –"si no lo puedes derrotar, únete a ellos"–, el segundo y tercer período democrático vaciaron aún más el poder político de las instituciones republicanas, para fortalecer el de las corporaciones patronales, sobre todo las financieras. Dado que en estos últimos veinte años esas corporaciones sufrieron dos evoluciones simultáneas, la centralización monopólica por vía de las fusiones y la transnacionalización de sus directorios, el poder no sólo quedó despegado de la Casa Rosada sino que se trasladó fuera del país. A partir de ese punto, las opiniones de expertos del Fondo Monetario Internacional (FMI) pasaron a ser más importantes que la del Congreso de los representantes del pueblo.

Opiniones: ***Las opiniones de expertos del Fondo Monetario Internacional pasaron a ser más importantes que la del Congreso de los representantes del pueblo.***

Hay una tendencia mundial a la verticalidad el poder, a concentrarlo en muy pocas manos y a alejarse de sus representantes inmediatos. Los presidentes, así fortalecidos, se dejan ganar por la idea de un continuismo ilimitado en el ejercicio del cargo, varios de ellos alentados, también, por las corporaciones patronales y por las entidades financieras internacionales, una vez que han demostrado lealtad irrestricta a los prògramas de ajuste. Esas tendencias son más nocivas cuando el gobernante actúa con sentido patrimonial del poder delegado por el pueblo, como si fuera propiedad privada, y dispone de él por encima de todos los poderes y controles institucionales.

Si a eso se agregan las colectas financieras para la actividad política que se consiguen de donaciones privadas sin control ni conocimiento públicos, es obvio que la posibilidad de la corrupción estructural –esto es, fijar el soborno, el tráfico de influencias como condición necesaria para realizar negocios– queda abierta para todos los que buscan el enriquecimiento ilícito pero rápido y generoso. La red de corrupción es autoprotectiva, para garantizarles a sus miembros que el delito no será sometido a castigo. La impunidad se convierte en moneda de cambio para conseguir lealtades facciosas o, si se prefiere, mafiosas. Es un fenómeno de alcance internacional, que el mexicano Carlos Fuentes llamó "megacorrupción global que confronta a los gobiernos y a las instituciones internacionales con agendas al margen de la ley y nuevas estructuras de poder impunes, que acabarán por crear una crisis mundial de seguridad".

Harta de la impunidad, buena parte de la ciudadanía empezó a buscar nuevos rumbos. Que esto es así, y no un accidente pasajero, lo prueba la aparición del Frepaso, su crecimiento electoral y el impulso que recibieron sus dirigentes y los de la UCR para la formar la Alianza opositora al menemismo, a fin de romperle el invicto electoral, lo que se consiguió en octubre de 1987, ocho años después que el mercado expulsó a la administración alfonsinista. En este caso, no es el mercado el que alentó la nueva formación, sino los ciudadanos de a pie. La sociedad civil, al margen de los partidos políticos y de otras formas tradicionales de organización, construye sus propios caminos de participación. Es un dato nuevo en este fin de milenio.

Así como la globalización económica se volvió un dato irreversible de la realidad mundial, esa misma trayectoria está presionando para crear nuevos organismos o instituciones que atiendan a la política, la cultura, la protección del medio ambiente, la procuración de Justicia, el respeto a las diversidades regionales, étnicas y culturales, el ejercicio de las libertades, el combate a la corrupción, el castigo al genocidio en todas sus formas, los límites a la especulación salvaje que destruye sin compasión los esfuerzos productivos de naciones y continentes enteros. Más rápido de lo que puede seguir la reflexión filosófica, los pueblos buscan rumbos inéditos para satisfacer las expectativas abiertas por la época y para disipar los miedos generados por esas mismas transformaciones. El poder, las maneras de integrarlo y de ejercerlo, está en cuestión.

Corrupción: ***La red de corrupción es autoprotectiva, para garantizarles a sus miembros que el delito no será sometido a castigo.***

* *Resumen del texto que, con el mismo título, integra la obra colectiva* Quince años de democracia, Ensayos sobre la nueva República, *que lanzará al mercado la editorial Tesis-Norma en las próximas semanas con motivo del 15° aniversario de la refundación democrática.*

OPINION

Por Carlos Polimeni

La sociedad de los golpistas muertos

En 1978, perseguidas por la policía de Videla que intentaba evitar que dieran su vuelta a Plaza de Mayo, las Madres vieron con asombro cómo les cerraban las puertas de la Catedral metropolitana en la cara.

◆ En 1984, recién instalado el gobierno constitucional, ante la necesidad de transmitir un evento destinado al público juvenil –el festival Rock in Rio– un canal de televisión contrató a Juan Alberto Badía.

Los hechos no tienen nada que ver entre sí, ni son simétricos. Sin embargo, son dos pantallazos, entre todos los posibles, de una sociedad que fue. Que ya no es como era, que ha madurado, lenta y a veces problemáticamente, acunada por quince años de democracia. Que desde aquí mira, a veces con horror y otras con temor, aquellos años en que todo era provisional y la vida podía no valer nada.

Nadie cerraría hoy las puertas de su casa a una Madre o Abuela de Plaza de Mayo perseguida por la policía de una dictadura. Nadie exigiría hoy a un señor de cincuenta años que trabaje de joven pór no dar lugar a los que son jóvenes de verdad.

La sociedad sabe hoy que la democracia no soluciona nada de por sí. Que no da de comer, ni educa, ni da trabajo por pura enunciación de voluntades. Que la justicia argentina tarda, y no siempre llega. Que los diez años de manejo menemcrático del poder han originado colosales extravíos éticos y monumentales cambios en la balanza económica. Que el país real es la exclusión más los shopping, no una cosa o la otra.

Pero ha comprendido también, a fuerza de sangre, sudor y lágrimas que de los sistemas posibles, la democracia es el menos injusto para todos. Ya nadie golpea las puertas de los cuarteles, que por lo demás ya no son lo que eran. Nadie confía en hombres providenciales ni en personalismos mesiánicos ni en vanguardias iluminadas. Ya nadie siente al bailar que está bailando sobre la sangre de los demás, pero la sangre de los demás existe, y es imborrable.

No existe más el servicio militar, tal vez la más plausible de todas las decisiones de los años de Menem presidente.

La mayoría de los que tenemos de 35 para arriba casi no salimos a la calle sin documentos: tics del Proceso. La mayoría de los que tienen menos a veces se acuerdan de usarlo para votar: tics de la democracia posible. Nosotros, los de entonces, ya no somos los mismos. Hemos criado hijos que nos justifican y nos superarán.

Los que crecieron en democracia escuchan con asombro las historias del pasado: que era subversivo usar pelo largo, o barba, o pantalones oxford, o llevar tal o cual libro en el colectivo. Incluso, besarse en una plaza.

Los que crecieron en democracia –por eso no la consideran un bien, ni siquiera un territorio a defender, sino un mínimo común imprescindible– enfrentan a los patovicas, a la policía, a las injusticias de la calle con una conciencia cívica despegada del miedo a lo que vendrá. Son diferentes porque son el presente de un país donde todo atrasó, casi siempre.

Quince años marcan apenas el final de la niñez. Pero qué fiesta tener todo por delante, ser sólo futuro.

OPINION

Por José Pablo Feinmann

Walsh y la democracia argentina

En su Carta a la Junta Militar –fechada el 24 de marzo de 1977–, Walsh, en lo que puede considerarse la segunda parte del texto, su parte económica, escribe que los hechos que acaba de narrar en la primera parte (las atroces violaciones a los derechos humanos que "sacuden la conciencia del mundo civilizado") no son "los que mayores sufrimientos han traído al pueblo argentino". Hay, para Walsh, algo aún más terrible que las desapariciones, las torturas, las represiones políticas y culturales. De este modo, escribe: "En la *política económica* de ese gobierno debe buscarse no sólo la explicación de sus crímenes sino una atrocidad mayor que castiga a millones de seres humanos con la *miseria planificada*". Habría dos planificaciones: 1) la planificación del exterminio, la planificación de los crímenes; 2) la planificación de la miseria. La primera se hizo para posibilitar la segunda. Luego Walsh se lanza, con admirable prolijidad y precisión, con admirable información en medio de un país aterrorizado y, por consiguiente, sin información ni deseos de informarse, a explicitar las cifras del horror económico videlista. Leer hoy esas cifras produce también terror. Otro terror. Porque cuando Walsh le espeta al régimen videlista la infamia de haber elevado "la desocupación al record del 9 por ciento" uno permanece perplejo. Si ese 9 por ciento le parecía a Walsh la verdadera y última explicación del genocidio de la Junta, ¿qué diría de las tasas actuales de desocupación? Diría que ese genocidio ha logrado sus mayores éxitos en plena democracia. Diría que ninguno de los proyectos económicos de la Junta (para cuya implementación, perdón por insistir, se implementó el terror) ha dejado de realizarse bajo la democracia. En 1977 escribía: "Dictada por el Fondo Monetario Internacional según una receta que se aplica indistintamente al Zaire o a Chile, a Uruguay o a Indonesia, la política económica de esa Junta sólo reconoce como beneficiarios a la vieja oligarquía ganadera, *la nueva oligarquía especuladora* y un grupo selecto de monopolios internacionales encabezados por la ITT, la Esso, las automotrices, la U.S. Steel, la Siemens, al que están ligados personalmente el ministro Martínez de Hoz y todos los miembros de su gabinete". La *actualidad* de estos textos estremece porque el proyecto económico que denunciaban se ha realizado; y aun con mayor hondura e impiedad que las señaladas por Walsh.

La democracia argentina puede ofrecer sus facetas positivas. Puede exhibir, por ejemplo, a Videla en prisión. No obstante, si nos atenemos al encuadre conceptual de Walsh, Videla fue el ejecutor, la mano política de un proyecto económico que le exigió dureza extrema para imponerse. *Una vez impuesto nada pierde con entregarlo.* ¿Para qué valerse de monstruos si cada vez son más los profesionales de la cautela, los campeones de los buenos modales que aceptan impelir prolijamente las políticas del establishment? Si hoy, a quince años, con nuestra democracia no se come, no se educa y no se cura (como tan vanamente prometiera el demiurgo del Pacto de Olivos) es porque algo anda muy mal con ella. Tan mal que el neofascismo populista a la venezolana asoma en el horizonte incierto.

OPINION

Por Miguel Bonasso

Tema para adolescentes

Será un lugar común, pero es cierto: la democracia argentina es todavía una democracia adolescente. En muchos sentidos, una adolescente perversa. Porque está desviada de su propia esencia y etimología que la define como poder de las mayorías. Y aquí vemos que el poder real lo siguen detentando las minorías. Es cada vez más una democracia a la ateniense, cada vez con más ilotas, pero sin Pericles y los cerebros helénicos, que han sido sustituidos por Gostanian y Sofovich. Es adolescente porque ha cumplido quince años y es adolescente porque una de sus ventajas más evidentes, el goce de las libertades públicas, tiene como sujeto histórico y principal beneficiario a los adolescentes, a los chicos y chicas que tienen quince años o menos y nacieron, para su fortuna, después del país autoritario y sangriento que padecieron sus padres y abuelos. Esos chicos son, naturalmente, más libres que nosotros. Y se les nota. Han empezado a crecer en un país donde el poder aún es impune en muchos terrenos pero donde debe, al menos, guardar ciertas formas. En un país que perdonó a los genocidas, pero que ahora comienza a revisar su historia reciente. En un país donde la Justicia está en gran medida sometida al Poder Ejecutivo, pero donde se van generando condiciones políticas e instrumentos institucionales para hacerla más independiente. En un país donde los medios electrónicos se concentran peligrosamente en las manos de dos o tres monopolios pero donde aún hay libertad de prensa y existen posibilidades de legislar para asegurar a la sociedad el derecho a la información. Los adolescentes de la democracia no han conocido al país militar que los hubiera hecho desaparecer por sospechosos o los hubiera enviado a morir en Malvinas. No es poca ventaja y deben gozarla y aprovecharla. La generación a la que pertenece el autor de estas líneas fue, obligadamente, una generación de ruptura contra el país militarizado y patriarcal, manejado por aspirantes a Franco y obispos inquisitoriales. Y debió pagar muy caro su osadía. En un sacrificio que pareció inútil, pero no lo era, porque al derrotar las utopías de aquella generación con métodos aberrantes, los militares acabaron derrotándose a sí mismos. Los adolescentes actuales, en cambio, parten de una plataforma privilegiada que es a la vez derecho y deber. El deber de luchar para perfeccionar el sistema político hasta convertirlo en el medio idóneo para democratizar la riqueza. Que de eso se trata.



n en la calle, con sus defensores.



La aparición del Frepaso probó el hartazgo con la impunidad.

lado, alentó las tentaciones autoritarias del presidencialismo vertical e "invencible" y sus ambiciones de continuidad. Por el otro, desató en el interior del oficialismo una batalla frontal por el patrimonio de la victoria: ¿Era de la economía o de la política, de Cavallo o de Menem?

En realidad, el poder último no estaba en manos de ninguno de los dos, sino en el bloque de poder monopólico y transnacionalizado, que se había terminado de consolidar en el país con la privatización de los servicios públicos. En nombre del pragmatismo –"si no lo puedes derrotar, únete a ellos"–, el segundo y tercer período democrático vaciaron aún más el poder político de las instituciones republicanas, para fortalecer el de las corporaciones patronales, sobre todo

> **Opiniones:** *Las opiniones de expertos del Fondo Monetario Internacional pasaron a ser más importantes que la del Congreso de los representantes del pueblo.*

las financieras. Dado que en estos últimos veinte años esas corporaciones sufrieron dos evoluciones simultáneas, la centralización monopólica por vía de las fusiones y la transnacionalización de sus directorios, el poder no sólo quedó despegado de la Casa Rosada sino que se trasladó fuera del país. A partir de ese punto, las opiniones de expertos del Fondo Monetario Internacional (FMI) pasaron a ser más importantes que la del Congreso de los representantes del pueblo.

Hay una tendencia mundial a la verticalidad el poder, a concentrarlo en muy pocas manos y a alejarse de sus representantes inmediatos. Los presidentes, así fortalecidos, se dejan ganar por la idea de un continuismo ilimitado en el ejercicio del cargo, varios de ellos alentados, también, por las corporaciones patronales y por las entidades financieras internacionales, una vez que han demostrado lealtad irrestricta a los prògramas de ajuste. Esas tendencias son más nocivas cuando el gobernante actúa con sentido patrimonial del poder delegado por el pueblo, como si fuera propiedad privada, y dispone de él por encima de todos los poderes y controles institucionales.

Si a eso se agregan las colectas financieras para la actividad política que se consiguen de donaciones privadas sin control ni conocimiento públicos, es obvio que la posibilidad de la corrupción estructural –esto es, fijar el soborno, el tráfico de influencias como condición necesaria para realizar negocios– queda abierta para todos los que buscan el enriquecimiento ilícito pero rápido y generoso. La red de corrupción es autoprotectiva, para garantizarles a sus miembros que el delito no será sometido a castigo. La impunidad se convierte en moneda de cambio para conseguir lealtades facciosas o, si se prefiere, mafiosas. Es un fenómeno de alcance internacional, que el mexicano Carlos Fuentes llamó "megacorrupción global que confronta a los gobiernos y a las instituciones internacionales con agendas al margen de la ley y nuevas estructuras de poder impunes, que acabarán por crear una crisis mundial de seguridad".

Harta de la impunidad, buena parte de la ciudadanía empezó a buscar nuevos rumbos. Que esto es así, y no un accidente pasajero, lo prueba la aparición del Frepaso, su crecimiento electoral y el impulso que recibieron sus dirigentes y los de la UCR para la formar la Alianza opositora al menemismo, a fin de romperle el invicto electoral, lo que se consiguió en octubre de 1987, ocho años después que el mercado expulsó a la administración alfonsinista. En este caso, no es el mercado el que alentó la nueva formación, sino los ciudadanos de a pie. La sociedad civil, al margen de los partidos políticos y de otras formas tradicionales de organización, construye sus propios caminos de participación. Es un dato nuevo en este fin de milenio.

Así como la globalización económica se volvió un dato irreversible de la realidad mundial, esa misma trayectoria está presionando para crear nuevos organismos o instituciones que atiendan a la política, la cultura, la protección del medio ambiente, la procuración de Justicia, el respeto a las diversidades regionales, étnicas y culturales, el ejercicio de las libertades, el combate a la corrupción, el castigo al genocidio en todas sus formas, los límites a la especulación salvaje que destruye sin compasión los esfuerzos productivos de naciones y continentes enteros. Más rápido de lo que puede seguir la reflexión filosófica, los pueblos buscan rumbos inéditos para satisfacer las expectativas abiertas por

> **Corrupción:** *La red de corrupción es autoprotectiva, para garantizarles a sus miembros que el delito no será sometido a castigo.*

la época y para disipar los miedos generados por esas mismas transformaciones. El poder, las maneras de integrarlo y de ejercerlo, está en cuestión.

** Resumen del texto que, con el mismo título, integra la obra colectiva* Quince años de democracia, Ensayos sobre la nueva República, *que lanzará al mercado la editorial Tesis-Norma en las próximas semanas con motivo del 15º aniversario de la refundación democrática.*



erminó exhausto.

OPINION

Por Miguel Bonasso

Tema para adolescentes

Será un lugar común, pero es cierto: la democracia argentina es todavía una democracia adolescente. En muchos sentidos, una adolescente perversa. Porque está desviada de su propia esencia y etimología que la define como poder de las mayorías. Y aquí vemos que el poder real lo siguen detentando las minorías. Es cada vez más una democracia a la ateniense, cada vez con más ilotas, pero sin Pericles y los cerebros helénicos, que han sido sustituidos por Gostanian y Sofovich. Es adolescente porque ha cumplido quince años y es adolescente porque una de sus ventajas más evidentes, el goce de las libertades públicas, tiene como sujeto histórico y principal beneficiario a los adolescentes, a los chicos y chicas que tienen quince años o menos y nacieron, para su fortuna, después del país autoritario y sangriento que padecieron sus padres y abuelos. Esos chicos son, naturalmente, más libres que nosotros. Y se les nota. Han empezado a crecer en un país donde el poder aún es impune en muchos terrenos pero donde debe, al menos, guardar ciertas formas. En un país que perdonó a los genocidas, pero que ahora comienza a revisar su historia reciente. En un país donde la Justicia está en gran medida sometida al Poder Ejecutivo, pero donde se van generando condiciones políticas e instrumentos institucionales para hacerla más independiente. En un país donde los medios electrónicos se concentran peligrosamente en las manos de dos o tres monopolios pero donde aún hay libertad de prensa y existen posibilidades de legislar para asegurar a la sociedad el derecho a la información. Los adolescentes de la democracia no han conocido al país militar que los hubiera hecho desaparecer por sospechosos o los hubiera enviado a morir en Malvinas. No es poca ventaja y deben gozarla y aprovecharla. La generación a la que pertenece el autor de estas líneas fue, obligadamente, una generación de ruptura contra el país militarizado y patriarcal, manejado por aspirantes a Franco y obispos inquisitoriales. Y debió pagar muy caro su osadía. En un sacrificio que pareció inútil, pero no lo era, porque al derrotar las utopías de aquella generación con métodos aberrantes, los militares acabaron derrotándose a sí mismos. Los adolescentes actuales, en cambio, parten de una plataforma privilegiada que es a la vez derecho y deber. El deber de luchar para perfeccionar el sistema político hasta convertirlo en el medio idóneo para democratizar la riqueza. Que de eso se trata.

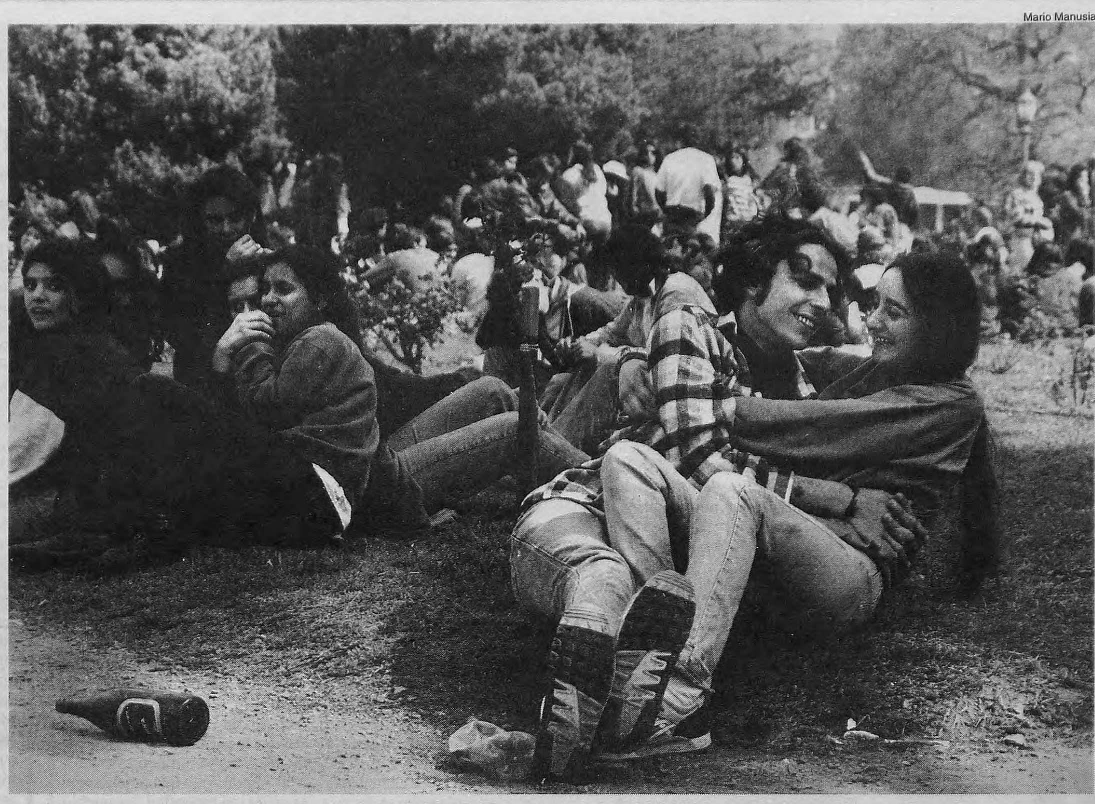
OPINION

Por José Pablo Feinmann

Walsh y la democracia argentina

En su Carta a la Junta Militar –fechada el 24 de marzo de 1977–, Walsh, en lo que puede considerarse la segunda parte del texto, su parte económica, escribe que los hechos que acaba de narrar en la primera parte (las atroces violaciones a los derechos humanos que "sacuden la conciencia del mundo civilizado") no son "los que mayores sufrimientos han traído al pueblo argentino". Hay, para Walsh, algo aún más terrible que las desapariciones, las torturas, las represiones políticas y culturales. De este modo, escribe: "En la *política económica* de ese gobierno debe buscarse no sólo la explicación de sus crímenes sino una atrocidad mayor que castiga a millones de seres humanos con la *miseria planificada*". Habría dos planificaciones: 1) la planificación del exterminio, la planificación de los crímenes; 2) la planificación de la miseria. La primera se hizo para posibilitar la segunda. Luego Walsh se lanza, con admirable prolijidad y precisión, con admirable información en medio de un país aterrorizado y, por consiguiente, sin información ni deseos de informarse, a explicitar las cifras del horror económico videlista. Leer hoy esas cifras produce también terror. Otro terror. Porque cuando Walsh le espeta al régimen videlista la infamia de haber elevado "la desocupación al record del 9 por ciento" uno permanece perplejo. Si ese 9 por ciento le parecía a Walsh la verdadera y última explicación del genocidio de la Junta, ¿qué diría de las tasas actuales de desocupación? Diría que ese genocidio ha logrado sus mayores éxitos en plena democracia. Diría que ninguno de los proyectos económicos de la Junta (para cuya implementación, perdón por insistir, se implementó el terror) ha dejado de realizarse bajo la democracia. En 1977 escribía: "Dictada por el Fondo Monetario Internacional según una receta que se aplica indistintamente al Zaire o a Chile, a Uruguay o a Indonesia, la política económica de esa Junta sólo reconoce como beneficiarios a la vieja oligarquía ganadera, *la nueva oligarquía especuladora* y un grupo selecto de monopolios internacionales encabezados por la ITT, la Esso, las automotrices, la U.S. Steel, la Siemens, al que están ligados personalmente el ministro Martínez de Hoz y todos los miembros de su gabinete". La *actualidad* de estos textos estremece porque el proyecto económico que denunciaban se ha realizado; y aun con mayor hondura e impiedad que las señaladas por Walsh.

La democracia argentina puede ofrecer sus facetas positivas. Puede exhibir, por ejemplo, a Videla en prisión. No obstante, si nos atenemos al encuadre conceptual de Walsh, Videla fue el ejecutor, la mano política de un proyecto económico que le exigió dureza extrema para imponerse. *Una vez impuesto nada pierde con entregarlo.* ¿Para qué valerse de monstruos si cada vez son más los profesionales de la cautela, los campeones de los buenos modales que aceptan impelir prolijamente las políticas del establishment? Si hoy, a quince años, con nuestra democracia no se come, no se educa y no se cura (como tan vanamente prometiera el demiurgo del Pacto de Olivos) es porque algo anda muy mal con ella. Tan mal que el neofascismo populista a la venezolana asoma en el horizonte incierto.


Mario Manusia

LOS CAMBIOS EN 50 AÑOS DE DERECHOS HUMANOS

Del traje gris a los aritos

Menos violencia, pero menos ideales. Más tolerancia para los diferentes, pero más resignación ante la pobreza. Argentina cambió para mejor y para peor en el curso de una vida.

Por Mario Wainfeld

La Declaración Universal de los Derechos Humanos de las Naciones Unidas me encontró en el barrio de Caballito y no le dediqué mayor atención. Yo tenía por entonces veinte días de vida y –si bien mis recuerdos son imprecisos– queda claro que eran otros los temas que parecían atraerme.

Y, sin embargo, había venido al mundo en una época en que la democracia y los derechos humanos parecían florecer. Los nazis habían sido derrotados, en la Argentina había habido elecciones libres (después de mucho tiempo) y volvería a haberlas. Fueron elecciones limpias, reconocería, broncando, mi viejo que era radical y contrera a rabiar pero no mentiroso.

Cuando empecé a salir a la calle me encontré con una sociedad que se había hecho aceleradamente igualitaria, a veces de prepo. Los acelerados procesos de incorporación política, social y cultural de 1880 y de 1945 no pudieron eludir un sesgo uniformante y autoritario. El servicio militar obligatorio y la escuela pública integraron y nacionalizaron rápidamente pero con un ostensible olvido (¿desdén?) por las diferencias. El uniforme militar y el guardapolvo blanco propendían, así lo decía el discurso oficial, a abolir (¿a disimular?) las diferencias sociales pero también diluían las diferencias a secas. Se avanzaba hacia la igualdad dando perpetuo jaque a la libertad individual.

Nuestro país era un "crisol de razas", slogan cuya traducción operativa era un diluir de los pasados antes que la convivencia de los diferentes. Ser argentino "hasta la muerte" implicaba hablar una lengua, comer determinadas comidas (ravioles y asados los domingos, por caso), transitar un menú muy acotado de opciones sexuales. Ningún argentino era confiable si no practicaba el truco y el fútbol, esos dos juegos que se ejercitan conversando. De las "razas" (¿qué son las "razas" señor libro de lectura?) de origen debía quedar poco. El que no jugaba al truco, no comía asado, no era "bien hombre", se quedaba afuera o cosa peor.

Hasta el lenguaje de los antepasados era un estorbo del que había que librarse con rapidez. La inmigración extranjera era saludada por la doctrina oficial, pero no todo era sencillo ni lineal. Convivíamos a costa de pasar piedra pómez a lo que sobresalía. Los judíos éramos, porque así nos llamaban, "rusos". Mi abuelo, que había nacido en una zona balcánica muy proclive a cambiar de manos pero que en su niñez pertenecía a Rusia, eligió decir que era rumano. Nadie le creía.

Peor le iba a un zapatero armenio que se enardecía cuando los chicos le decíamos "turco". Una vez corrió a uno unas cuadras. El fugitivo explicaba así el incidente: "El turco se enojó porque le decimos turco". Mi abuelo y el turco eran cabecera de playa de generaciones de argentinos pero no podían contar dialogando cuál era su patria.

Me parece recordar –y mis lecturas reconstruyen– una sociedad mansa en lo cotidiano, con calles fáciles de transitar en la que los padres de familia no tenían armas de fuego pero con niveles de intolerancia y exclusión política muy fuertes que se fueron acelerando en violencia. "No debe haber ni vencedores ni vencidos", dijo Eduardo Lonardi (¿qué pensaría?) por la radio en el '55. "Muy bien", dijo mi viejo y quedó en abrumadora minoría de uno en su propia familia. No era un problema de mi familia: resultaba imposible ser contrera sin ser gorila, entendería yo años después. Ni fue posible ser peronista sin ser violento y descreído de las instituciones. Ni ser revolucionario sin querer acelerar los tiempos, romper todo, tirar molotovs o agarrar una metra. Y si no fue imposible, fue muy difícil, tan minoritario e ineficaz como mi viejo y Lonardi. Cambiar el mundo obligaba a apurarse, dividir todo en dos, olvidar "contradicciones secundarias". El autoritarismo, la intolerancia y la violencia fueron, me queda claro cuánto estoy simplificando, el precio de intentar arrimar el bochín a la igualdad o al cambio. También la contrapartida de que en la política había mucho en juego.

Los igualitarismos, designio (noble designio, quiero decir) de la unión nacional, del peronismo, de las utopías revolucionarias de los '70 se construyeron olvidando los matices, las otras opciones (sexuales, culturales, expresivas) y fueron, no siempre sabiéndolo, autoritarios, militaristas, machistas, intolerantes. La igualdad, ya lo dice nuestro himno, es noble pero se construyó en desmedro de la libertad. Fue la lógica de una modernización acelerada y también la del Estado benefactor y de la fábrica. Toda una etapa que arrancó en la posguerra, entró en una espiral acelerada en los '70 y que la dictadura militar intentó tronchar de raíz. Arrasar con la Argentina igualitaria y con la del cambio.

La reinstalación institucional del '83 postula desde su inicio una democracia "de contenidos" a la antigua ("se come, se vive, se educa") que a quince años vista se reveló poco eficaz. La movilidad social que se palpaba en Caballito en los '50 es hoy un recuerdo. Ser pobre es casi pertenecer a una casta: se nace en esa condición y en ella se (mal)vivirá y morirá.

> **Cambio:** ***La sociedad es menos igualitaria que aquella en que nací y, al mismo tiempo, más plural y respetuosa de la diversidad cultural, sexual y religiosa.***

La política a fin de siglo es mucho menos violenta y excluyente, en parte (y no sólo) porque se combate por menos. El triunfo mundial del capitalismo ha achicado los márgenes del debate. En la realidad local eso se mezcla con un hastío social por la prepotencia y la violencia.

La sociedad es menos igualitaria que aquella en que nací y, al mismo tiempo, más plural y respetuosa de la diversidad cultural, sexual y religiosa. Mis hijos no entienden la política como los que tenemos más de 40 pero rechazan con gran convicción el autoritarismo y todo tipo de verdad uniformada, y defienden el equilibrio ecológico. "¿Cómo puede haber gente que discrimine a los gays?" me preguntó uno de mis pibes cuando tenía 10. Yo le expliqué que no discriminar y no ser intolerante era para mí (y no sólo para mí) un esfuerzo y una elaboración. Después recordé que cuando tenía su edad desafié a pelear a un tipo mucho más grande que yo porque me había dicho maricón. Un cuasi suicidio inducido en el altar de la ideología dominante.

No se dice, pero es una victoria de los que lucharon por una sociedad mejor que los jóvenes puedan usar pelo largo y aritos, y cantar lo que quieren (que casi siempre son críticas al poder y lo establecido). Por añadidura, sin llevar documentos ni hacer la colimba. Es un contexto de más libertades expresivas y menos hipocresía y represión micro lo que permite que los hombres se besen en la calle. (Yo nunca lo hice con mis amigos hasta que frisamos los cuarenta y casi nunca con mi viejo. Era cosa de maricones.)

La diversidad sexual, el cuestionamiento a todo tipo de discriminación, de acoso sexual, de intolerancia, de prepotencia de las mayorías, son avances de esta etapa. Es verdad que muchas son declaraciones legales aún no plasmadas en la vida diaria, pero bien puede replicarse que igual ocurrió con los derechos ciudadanos o los de los trabajadores. El reconocimiento en las normas y la incorporación a la agenda colectiva tiene algo de hipocresía y hasta de oportunismo. Pero no es neutral que sea "políticamente correcto" defender a las minorías, a los distintos, a los explotados por su género. Las mujeres, los gays, los extranjeros no han alcanzado la igualdad pero están en mejor condición para reivindicarla.

Todo tiempo pasado fue mejor, escribió algún autor anónimo que tendría mi edad o más. Vaya a saber. Demasiadas cosas pasaron y demasiadas cambiaron para hacer un saldo, en cualquier caso sería excesivamente subjetivo. La sociedad en la que nací y crecí era menos excluyente y más generosa en oportunidades que la actual... y aun así albergaba más gente dispuesta a dar mucho por cambiarla. Se jugaba fuerte, a todo o nada. Y no estaba tan mal.

Ahora hay menos en juego, pero hay más tiempo y más espacio para jugar. Tampoco está tan mal. Sobre todo si se lo analiza precisamente hoy, cuando la globalización muestra un trocito de su lado virtuoso, cuando el tirano Pinochet está contra las cuerdas. Entonces uno puede sumarse a los credos de época y apostar a los avances arduos, pacientes, constantes. Que, dicho sea de paso, son los que transitaron los más valientes militantes de estos veinte últimos años. Los que ayer ocuparon la Plaza de Mayo. Los que apostaron a la movilización, a los reclamos judiciales, a cien modos de articulación democrática... a lo que fuera, menos a la violencia y al apuro (que despuntaban cuando nací y fueron el signo de los '60 y los '70). Apostaron al tiempo más que a la sangre y siguen en pie, avanzando. En zig zag, con retrocesos, pero nunca quedándose quietos. Tal vez esté ocurriendo lo mismo con la sociedad dura, compleja, contradictoria pero jamás inerte en la que me tocó vivir, gozar, broncar y sufrir.